



16 de diciembre de 1888

**« Él debe crecer y yo disminuir ». Lograr la unión mediante la renuncia y el amor.**

Queridas hijas.

Voy a tomar prestada del Santo Evangelio una de las palabras de san Juan el Precursor, pues precisamente de él nos habla la santa Iglesia en este momento del advenimiento de Nuestro Señor; algunas han puesto esta palabra en su anillo: Él debe crecer y yo disminuir. Este crecimiento en Nuestro Señor Jesucristo es toda la vida religiosa, y en la medida en que el alma crece en Él, en esa misma medida disminuye ella misma.

Un santo varón definió de esta manera la vida religiosa, sobre todo cuando se ha vivido desde hace tiempo: «La tendencia a ir por el amor a la unión». Eso es muy cierto, y os diré más: cuando se lleva más tiempo en la vida religiosa, se debe tener más fuerza, más inteligencia, más luz para llegar a la unión a través del amor.

Pero el amor significa hacer crecer a nuestro Señor en las obras, en todo lo que hacemos, en todas las palabras, en todos los actos: ése es el verdadero amor. ¿Se puede hacer esto sin dar algo de uno mismo? No. Para hacer crecer a nuestro Señor, tenemos que dar de nosotros mismos, y es en la medida en que nos sacrificamos, en que damos algo de nosotros mismos, que nuestro Señor crece en nuestras almas, que logramos la unión y le mostramos nuestro amor.

Con frecuencia debemos plantearnos a nosotras mismas el tema de disminuir uno mismo, de la renuncia a uno mismo, cuando llevamos diez, quince, veinte años en la vida religiosa. «¿Hasta dónde he llegado en la renuncia a mí misma? ¿Me resulta fácil pasar desapercibida? ¿Sigo trabajando para que nuestro Señor lo sea todo? Si otras tienen el honor, los cargos, los empleos, qué importa, con tal de que yo sepa pasar desapercibida, y me humille, con tal de que nuestro Señor Jesucristo haga todo lo que Él quiera. ¿He trabajado para hacer crecer a nuestro Señor? ¿me parezco más a él? ¿tengo para los tres compañeros de su vida, la pobreza, la humillación y el sufrimiento, el afecto que él mismo les tenía? Esta es una gran pregunta que debemos hacernos.

En el rezo del rosario de octubre, se consideró demasiado fuerte que pidiéramos el amor a la pobreza como fruto del tercer misterio; para los niños, tal vez hubiera bastado con desprenderse de las riquezas, pero para nosotros es el amor que debemos tener a todo lo que viene de nuestro Señor y nos hace más semejantes a él: como el desprecio, el sufrimiento, el abajamiento, la pobreza, y es el amor el que debe llevarnos a ello. ¿Por qué los santos amaban tanto el sufrimiento, por qué lo buscaban? Por amor a Nuestro Señor.

A vosotras, hermanas, no os está permitido, a causa de vuestra vida laboriosa, abrazar los sufrimientos de la subrogación, pero los encontráis en el camino de la vida, porque es imposible no encontrarlos. Pues bien, ¿cómo los acogéis? ¿Los recibís como los recibe en este momento una religiosa modelo, la Madre Térèse del Sagrado Corazón? Mira cómo es ella ante los extraordinarios sufrimientos que atenazan cada parte de su cuerpo y la convierten en una verdadera mártir. Para soportar así tales sufrimientos se requiere un amor sobrenatural, sobre

todo un gran amor a Nuestro Señor, una gran unión a su voluntad, una gran renuncia a sí mismo, una gran pobreza de sí mismo, y esto es lo que os recomiendo.

Así que aprovechad este poco tiempo que queda hasta Navidad para disminuir; disminución de vosotras mismas para hacer crecer a nuestro Señor, y hacedlo con alegría. Esta mañana se os ha predicado la alegría. ¿Qué puede haber más alegre que el amor que lleva a la unión con nuestro Señor? ¿Hay un amigo que se pueda comparar con éste?, ¿una finalidad comparable con ésta?, ¿un tesoro comparable con este tesoro? Pero ninguna de vosotras, hermanas, podrá conocer ese amor sin renuncia, ni podrá alcanzar esa unión más que a través de la renuncia, de la entrega, de la humildad, de la pobreza, de la generosidad hacia los sufrimientos que envía nuestro Señor, pues sólo así puede lograrse.